Por Qué El Ejército Venezolano No Luchó

Por: Miguel Santos García
Globalizacion, 04 de enero 2026

Región: América Latina, Caribe, EEUU
Tema: Guerra EEUU-OTAN, Imperialismo, Militarización

El presidente estadounidense Donald Trump declaró en una rueda de prensa que Estados Unidos gobernará Venezuela ahora, lo que hace parecer que el nuevo presidente de Venezuela, Delcy Rodríguez, que hasta el secuestro de Maduros fue el que secuestraron al vicepresidente, hará lo que Estados Unidos ordene. Horas después de la rueda de prensa de Trump, Delcy Rodríguez pronunció un discurso televisado a la nación sudamericana en el que dejó claro que consideraba a Estados Unidos un invasor ilegal que debe ser repelido. Su desafío a Trump dejó claro que sus planes de invadir y gobernar Venezuela como un premio estadounidense enfrentarán muchos más obstáculos de los que él sugirió en su rueda de prensa del sábado, en la que declaró la victoria en Venezuela.

Dicho esto, el desafiante discurso televisado de Delcy Rodríguez , condenando a Estados Unidos como invasor ilegal, podría ser un acto performativo estrictamente conforme a su parte de un pacto clandestino. Su furia pública y sus votos de resistencia proporcionan una cobertura política esencial, permitiéndole mantener credibilidad y autoridad ante la base y el ejército bolivarianos, mientras que en privado respeta los términos que permitieron la destitución de Maduro. Esta demostración calculada de desafío asegura que la arquitectura superviviente del gobierno venezolano pueda gestionar la transición, posicionando a Rodríguez como líder de la "resistencia" en lugar de colaborador en una rendición negociada.

Deshaciendo El Trato

Trump también alegó una serie de detalles operativos específicos relacionados con la acción militar en Venezuela, subrayando que, aunque varios operativos de fuerzas especiales estadounidenses resultaron heridos, no hubo víctimas mortales estadounidenses. Según Trump, el asalto aprovechó un poder aéreo abrumador, con aproximadamente 150 aviones desplegados para controlar el cielo y responder a cualquier amenaza, aunque un avión de ala fija y varios helicópteros sufrieron daños reparables. Una clave para la supuesta rapidez y éxito de la operación fue la destrucción previa de los sistemas de defensa aérea venezolanos, lo que permitió a los helicópteros de fuerzas especiales llegar a su objetivo sin impedimentos. Sin embargo, a pesar de que Venezuela poseía defensas aéreas avanzadas como el S-300 y MANPADS portátiles útiles contra helicópteros, el ejército venezolano no los desplegó contra el asalto estadounidense. Trump concluyó afirmando que Estados Unidos mantenía la opción de ejecutar nuevos ataques contra Venezuela si fuera necesario.

La narrativa meticulosamente elaborada de una audaz incursión militar, completa con detalles operativos y relatos de heroísmo, cumple un propósito político crucial: ocultar el escenario mucho más probable de una rendición negociada por parte de Venezuela. Al glorificar el espectáculo violento de una captura, el relato suprime activamente la incómoda verdad de que el éxito de la operación casi con toda seguridad requirió, y resultó de, un acuerdo previo con facciones poderosas dentro del propio régimen de Maduro. Este énfasis

en la fuerza abrumadora oculta un acuerdo entre bastidores en el que las élites del régimen, especialmente en el ejército y los servicios de inteligencia, intercambiaban al presidente por garantías de su propia seguridad, supervivencia política y protección frente a procesos judiciales, transformando una posible invasión sangrienta en una transición gestionada que sirvió tanto al poder invasor como a la estructura de poder existente, a costa de una narrativa revolucionaria.

En octubre escribí un artículo titulado "¿Pueden Rusia y China proyectar poder militar para ayudar a Venezuela?" que los lectores curiosos deberían leer para entender las limitaciones de cualquier ayuda de potencias del hemisferio oriental. Sin embargo, la pregunta de por qué Rusia y China no pueden proteger a sus supuestos socios puede responderse hoy con otra pregunta, ¿Por qué el ejército venezolano no luchó contra Estados Unidos? Las preguntas entrelazadas de por qué potencias globales como Rusia o China no pueden proteger a sus socios y por qué los ejércitos locales a veces se niegan a luchar muestran un factor fundamental en las relaciones internacionales, que es que el cálculo del poder es, en última instancia, local, nacional y profundamente personal. En el caso de Venezuela, a pesar de años de apoyo político, económico y retórico de Moscú y Pekín, incluyendo ventas de armas, ejercicios militares conjuntos y protección diplomática en la ONU, acuerdos económicos, el ejército venezolano no montó una defensa convencional ante la amenaza palpable de una intervención estadounidense. Esto no se debió a un fracaso del compromiso ruso o chino en ese momento, sino a que la principal lealtad del gobierno y el ejército venezolano era su propia supervivencia institucional y la estabilidad del estado que representa. Para los altos oficiales, una guerra contra Estados Unidos no era una lucha ideológica ganable, sino un acto suicida que garantizaría su destrucción y el colapso de la nación.

Esta dinámica pone de manifiesto las severas limitaciones de la protección de "aliados percibidos" en un mundo unipolar, o ahora multipolar. Rusia y China pueden proporcionar disuasorias, salvavidas económicos y cobertura diplomática, pero no pueden trasladar su voluntad a las estructuras de mando de naciones soberanas. La protección que ofrecen existe dentro de un ancho de banda específico, es potente contra sanciones, potente en conflictos por poder donde controlan el terreno como en Siria para Rusia, y potente en el suministro de herramientas de seguridad interna; sin embargo, golpea una línea roja dura en una confrontación militar convencional directa con Estados Unidos. Para Caracas, Moscú y Pekín eran fuentes de resiliencia frente al cambio de régimen, no garantes de la victoria en una guerra ardiente. Cuando se presentó la elección definitiva entre la capitulación y la aniquilación, el poder local decidió preservarse, entendiendo que sus socios de grandes potencias no escalarían, ni probablemente podrían, escalar a una guerra mundial en su nombre.

Además, el ejemplo venezolano subraya que la propia naturaleza de las alianzas percibidas suele ser asimétrica y transaccional. Para Rusia y China, Venezuela es un nodo estratégico en una contienda más amplia, un punto de apoyo en el patio trasero de Estados Unidos, una fuente de acuerdos energéticos y un símbolo de resistencia a la hegemonía occidental. Sin embargo, para el ejército venezolano, el deber principal es la integridad territorial de la nación y su propia continuidad institucional. Cuando se materializa una amenaza externa de fuerza abrumadora, los beneficios ideológicos y transaccionales de la alianza lejana palidecen ante la realidad inmediata de la supervivencia. Ninguna cantidad de propaganda rusa ni préstamos chinos puede convencer a un general de ordenar a sus tropas entrar en una batalla donde serán aniquiladas, invitando a la ruina total de su país, en beneficio

geopolítico de un socio al otro lado del mundo.

En última instancia, la cuestión de la protección vuelve a la esencia de la soberanía y el interés. Rusia y China protegen a sus aliados en la medida en que sirvan a sus intereses estratégicos y no corran el riesgo de una escalada catastrófica. No son garantes de seguridad global al estilo de un tratado de defensa mutua como la OTAN. Por el contrario, los ejércitos de naciones como Venezuela no son fuerzas mercenarias de potencias extranjeras, son instituciones nacionales con un instinto profundamente arraigado de autopreservación. Por lo tanto, la incapacidad de proteger no siempre es un fracaso del protector, sino más a menudo un reflejo de una fría realidad local de que, ante una confrontación existencial, los protegidos acabarán actuando en su propio interés nacional percibido, que puede ser retirarse, no luchar una guerra condenada al fracaso por el prestigio de un patrón lejano. La retirada del ejército venezolano no fue una traición a Moscú o Pekín, sino una afirmación definitiva de esta lógica sobria e implacable.

La Retirada Venezolana Y La Comparación Con Siria

El sorprendente colapso de la resistencia venezolana ante una intervención militar estadounidense, sin una batalla defensiva importante y coordinada, puede entenderse mejor como un fracaso catastrófico de la "resiliencia del régimen". Este concepto queda ahora trágicamente subrayado por el colapso paralelo y definitivo del Ejército Árabe Sirio y el régimen de Assad a finales de 2024. La comparación entre Caracas y Damasco revela un factor: mientras la cohesión interna de un ejército puede evitar el colapso durante años, como en Siria, su resistencia final ante amenazas combinadas internas y externas depende de un frágil cálculo de clientelismo extranjero y de la disposición del líder a luchar hasta la muerte. Ambos casos demuestran que, cuando ese cálculo se descontrola, la voluntad de sacrificios militares e institucionales gubernamentales por el líder se evapora, priorizando su propia continuidad o supervivencia.

En Venezuela, las fuerzas armadas estaban estructuradas como un instrumento de control político interno y clientelismo, no para una defensa externa existencial. Las Fuerzas Armadas Nacionales Bolivarianas (FANB) se transformaron bajo Hugo Chávez y Nicolás Maduro, con su misión principal trasladada a garantizar la revolución socialista. La lealtad se ganaba mediante el control de las industrias estatales, pero ante un ataque directo estadounidense, esta organización se desintegraba. Para los oficiales superiores, la elección era entre la supervivencia personal e institucional y la aniquilación segura. La FANB no tenía un compromiso profundo y sacrificial con Maduro personalmente, ya que su principal lealtad era hacia el aparato estatal. Cuando ese aparato fue decapitado, ya fuera por su desaparición o por el acuerdo que se cerró mientras Estados Unidos presentaba un ultimátum, la voluntad institucional de luchar se evaporó y eligieron preservar la cáscara del Estado.

En Siria, el apoyo ruso e iraní fue decisivo durante más de una década, pero condicionado a la existencia de una entidad local viable y combatiente. Rusia podía ofrecer asilo, pero no libraría un asedio urbano condenado al fracaso de Damasco en nombre de un líder que ya había dimitido. De manera similar, en Venezuela, el apoyo ruso y chino creó un espejismo de fuerza pero no pudo compensar la ausencia de voluntad local. Cuando llegó la crisis, el componente crítico, la voluntad del alto mando venezolano de ordenar el uso de defensas avanzadas y absorber una devastadora represalia, estaba ausente.

En última instancia, el destino de Siria y Venezuela muestra una jerarquía brutal en el

conflicto moderno. En la cima hay un ejército con una profunda cohesión existencial que lucha por un líder que comparte su destino. Justo debajo hay un aparato militar y político con lealtad transaccional a un líder que fracasa en la prueba final del destino compartido, conduciendo a una rápida capitulación institucional, como se vio tanto en Damasco como en Caracas. Los patrocinadores extranjeros como China y Rusia son multiplicadores de fuerza, no pilares fundamentales, y esto es aún más cierto para los estados latinoamericanos y de la región caribeña. Rusia y China solo pueden sostener una lucha que ya existe, no pueden crear la voluntad de luchar desde cero, ni pueden sostenerla una vez que se rompe el compromiso del líder local con una fatalidad compartida. El ejército venezolano eligió la preservación del Estado en lugar de una guerra para Maduro, tal como hizo el ejército sirio al final, aparentemente hizo un cálculo similar de retirarse.

*

Miguel Santos García *es un escritor y analista político puertorriqueño que escribe principalmente sobre la geopolítica de los conflictos neocoloniales y las guerras híbridas en el contexto de la cuarta revolución industrial, la nueva guerra fría en curso y la transición hacia la multipolaridad. Visite su blog aquí.*

La fuente original de este artículo es Globalización
Derechos de autor © Miguel Santos García, Globalización, 2026

Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook
Conviértase en miembro de Globalización

Artículos de: **Miguel Santos García**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca